

luntad, negaréis abiertamente que existan, y os veréis por estos funestos pasos en el camino de la incredulidad mas presto de lo que vosotros mismos imaginábais. Creed al Evangelio : practicad la doctrina del Evangelio, y seréis felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA

SABIDURÍA Y SANTIDAD DE JESUCRISTO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

1. El error domina mientras las pasiones le dejan tranquilo el cetro del entendimiento... Pero cuando la verdad aparece, disipa los vapores del engaño... Nicolaitas, Marciones, Pelagios, etc.
2. Hoy no se niega un dogma, sino todos los dogmas. Se quiere barrenar por la quilla la nave de Pedro para sumergirla. Pero ¿quién podrá vencer ni aun resistir al piloto que la gobierna?
3. ¿Qué pueden decirnos los Evangelistas, dicen los incrédulos, sino puerilidades y pequeñeces despreciables?
4. Con qué, si probamos que la historia evangélica es la mas perfecta que el hombre puede concebir, podremos esperar que los incrédulos dejen de serlo... Ofrecemos y pasamos á hacerlo de un modo invencible.
5. *Invocacion* : Dios mio...
6. Miremos á Jesucristo en el Evangelio, y le veremos con una sabiduría digna de solo Dios, y con una santidad solamente digna de Dios.

Punto primero : Sabiduría de Jesucristo.

7. Abramos el Evangelio, y hallaremos que sus leyes, sus preceptos, etc., son tan sábios, tan perfectos, que ni el mismo Dios puede concebir un plan de legislacion mas hermoso y mas completo.
8. Dios crió al hombre ; este es su principio. Le crió para que le conociera, sirviera y amara en esta vida, y le gozara en la eterna : hé aquí su fin... Los incrédulos afectan no comprender estas verdades... No lo crió para vivir aislado, sino en compañía de otros hombres, á quienes debe mirar como hermanos.

9. De estos principios se sigue que Dios debió dar al hombre una ley que abrazase á Dios, al prójimo, y á sí mismo.

10. La ley está formulada y resumida en estos dos preceptos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con... Amarás al prójimo como á tí mismo. Con la observancia de esta ley se da á Dios un culto digno de su bondad; al prójimo un pronto socorro..., etc. Si los incrédulos no han leído el Evangelio, ¿cómo se atreven á rechazarlo? Si lo han leído, ¿cómo no admiran sus preceptos... sus consejos... sus máximas? En todas estas se ven los caracteres mas propios de la divinidad de Jesús.

11. Con no menor brillantez se echan de ver en las parábolas. Parábola del hijo pródigo... Parábola del samaritano... de la viña... de... etc. ¿Puede un Dios hablar de una manera mas perfecta?

12. Sábias y decisivas respuestas de Jesús á las capciosas preguntas de los judíos. Mujer adúltera... El tributo al César...

13. Sus exhortaciones no son menos dignas de admiración que sus respuestas, parábolas, consejos, etc. En ellas se muestra proporcionado á los talentos mas limitados, y superior á los talentos mas sublimes.

14. Lean los incrédulos el Evangelio, y dígnanos si en las exhortaciones, respuestas, etc., de Jesús encuentran fausto, vanidad, orgullo, afectación, adulación... Ó ellos se engañan ó nosotros. Si nosotros nos engañamos creyendo al Evangelio, nada perdemos, antes ganamos mucho; si ellos se engañan no creyendo, ¡ay, ay de ellos!...

Punto segundo: Santidad de Jesucristo.

15. Nadie puede ser perfectamente sábio si no es perfectamente bueno. Las pasiones y los vicios pervierten la voluntad, ofuscan el entendimiento... Sócrates, Platon, Aristóteles, etc., nos han dado falsas ideas de la virtud. Solo Jesucristo nos dió la perfecta idea de la verdadera santidad, porque él era perfectamente santo.

16. ¡Qué amor de Dios tan puro! ¡Qué amor del prójimo tan tierno y desinteresado! ¡Qué!... Á todos hace bien, y todo lo hace bien.

17. ¡Qué hermosura y pureza la de su corazón! ¡Qué grandeza y elevación en su alma!... Lo sublime y sumo de la virtud era el estado natural de Jesucristo. Fue sábio sin estudio, hermoso sin vanidad, pobre sin disgusto, moderado, paciente... Todo cuanto

dijo, fue precisamente lo que debía decir; todo lo que hizo, fue precisamente lo que debía hacer...

18. Leed el Evangelio, y veréis que Jesucristo dió á los grandes del mundo todo lo que es debido á su dignidad. Jamás elogió sus talentos... sino su virtud.

19. Leamos el Evangelio, y verémos que Jesucristo no hizo otros milagros que los que convenia hiciese un Hombre-Dios. Todas sus maravillas tuvieron por objeto la mayor gloria de Dios, el socorro de los desgraciados, y la demostración de su misión divina... Magdalena... Samaritana... Zaqueo...

20. ¿Quereis ejemplos de fortaleza y de una libertad intrépidamente santa?... Profanadores del templo... escribas y fariseos... príncipes de los sacerdotes...

21. Pero donde aparece mas brillante toda la fuerza, toda la grandeza y santidad de su alma, es en su pasión y muerte. Si habla... Si llora... Si clama á su Padre... Si mira á su Madre... Si atiende á su discípulo...

22. La cruz es una cátedra en la que el Dios de la santidad enseña todas las virtudes con su ejemplo, despues de haberlas enseñado en su vida con su doctrina... En todas fue perfectísimo, en todas santo.

23. Dad gloria á Dios, hermanos míos... Él solo es el sábio que destruye la sabiduría de los sábios... Dad gloria á Dios, porque solo Dios es bueno, solo él es santo... Sed santos, pues podeis y debeis serlo: *Sancti estote*...

24. Y vosotros, incrédulos pertinaces, ¿quereis ser santos? También podeis serlo dejando vuestra incredulidad. No violentéis vuestra razón... Os convidó con la paz, dejad la guerra; os convidó con la seguridad, dejad la incertidumbre; os convidó con la gracia, dejad la culpa...

SERMON

SOBRE LA

SABIDURÍA Y SANTIDAD DE JESUCRISTO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. viii, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

1. Quisiera, amados cristianos míos, no engañarme. Apelé á la razon de los filósofos instruidos en el fin de mi pasado discurso; y como la verdad es tan bella y luminosa, pienso que la habrán recibido en su entendimiento al verla con toda claridad, mostrándoles la autenticidad, la verdad y divinidad de los libros del Evangelio. Lastimosa cosa seria que el error pudiese alucinar con sus aparentes y falsos resplandores, y que la pura y brillante luz de la verdad no pudiese deshacer sus engaños perjudiciales. Dad gloria á Dios, carísimos hermanos míos, y bendecid su santo nombre, porque vosotros estais bien persuadidos de la verdad y santidad del Evangelio que os anunciamos; por lo que os complaceis, sabiendo que el error domina cuando no se le combate, y mientras que las pasiones le dejan tranquilo el cetro del entendimiento, que ellas mismas le formaron, despues de tiranizar el corazon. Pero cuando la verdad aparece, disipa los vapores del engaño, como el sol las tinieblas de la noche; y el que no se obstina en cerrar los ojos de su alma, no puede dejar de ver con agrado la hermosura de su purísimo esplendor. Id recorriendo los siglos desde la cuna del Cristianismo, y hallaréis ejemplos asombrosos de esta verdad. Los Nicolaitas, los Marciones, los Pelagios, los Arrios, los Nestorios y otra multitud grande de heresiarcas pretendieron con estudiados manejos, con astucias delicadamente combinadas y dirigidas, con especiosos y falaces razonamientos, y con amenazas y violencias declaradas, establecerse en el gremio de la Iglesia, y por altos é incomprensibles juicios del Señor la turbaron por algunos tiempos,

hicieron titubear la sencilla fe de no pocos cristianos, y arrastraron muchas gentes al partido de su error; pero al fin se fueron disipando aquellas nieblas á la presencia de la verdad, y esta virtud hermosa siguió su marcha en el carro triunfal de su irresistible poder en la Iglesia de Jesucristo.

2. Parece que estaba reservada para nuestro siglo la existencia de unos nuevos hombres, que á la manera de los judíos y gentiles en el principio del Cristianismo, no tratasen ya de negar ó alterar la verdad de un dogma, de un misterio, ó de un precepto del Evangelio, como los sectarios de que hemos hecho mencion, y otros de que adelante hablaremos, sino que chocasen abiertamente contra todos, y pretendiesen barrenar por la quilla la nave de san Pedro, para sumergirla enteramente. Pero como no es lo mismo excitar una borrasca que precisar á un naufragio, debemos esperar confiadamente tiempos mas bonancibles y en el ínterin vivir seguros de la destreza del piloto que la gobierna. Él es poderosísimo, él es sapientísimo, él es santísimo, ¿quién podrá vencerle ni aun resistirle? ¿Una criatura contra el Criador? ¿Un átomo imperceptible contra el Omnipotente?

3. Eso, eso mismo (oigo decir á los incrédulos que se dicen instruidos) es puntualmente lo que repugna á nuestra razon en el Evangelio. ¿Cómo podremos persuadirnos á que un libro tan sencillo sea la historia de un Dios todopoderoso? ¿Cómo los Evangelistas no siendo nada delante de Dios, nos podrán dar ideas de su grandeza, de su sabiduría y de su omnipotencia? Si los montes se encorvan á la vista del Ser eterno, si el mar se conmueve, si los cielos se estremecen, si la tierra tiembla, si todo el universo se aniquila al imperio de su voz, porque se formó por su palabra, ¿qué nos podrán decir los Evangelistas sino puerilidades y pequeneces despreciables? Ya lo estamos viendo. Fútiles parábolas, estilo humilde, ordinario é insípido, y un tejido vasto y seco de aventuras maravillosas: ved ahí lo que nuestro entendimiento descubre en el Evangelio. Nuestros sentidos se amotinan, nuestra razon clama y nuestro entendimiento resiste á esa pequeña idea tan poco digna del Ser eterno.

4. Bondad de Dios, ¡qué grandes son tus misericordias! Yo esperaba este momento y ya ha llegado: *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Con qué ello es, señores, que si yo probara invenciblemente que el Evangelio es la historia de Dios-Hombre, la mas bella, la mas grande, la mas perfecta que el entendimiento

humano puede concebir : si Jesucristo apareciese en ella con los caracteres de santidad, poder y sabiduría, superiores infinitamente á todas las ideas de los hombres : si las cualidades personales de Jesucristo, su doctrina, sus obras y sus milagros se presentasen tan eminentes y admirables, que nos demostrasen con evidencia no solo que él fue un enviado de Dios para instruir y salvar á los hombres, sino tambien que fue un Hombre-Dios : si todo esto se demuestra con pruebas irresistibles, ¿podrémos esperar que se rasgue el velo de la incredulidad, y que los incrédulos se hagan fieles? Sin duda. Ellos entonces no solo creerán al Evangelio como verdadero, como dictado por el Espíritu divino á los Evangelistas : tambien confesarán que estos autores ni pudieron ni debieron escribirle de otro modo, para darnos justas ideas de la sabiduría, de la santidad y de la omnipotencia de Dios, que se dignó descender del cielo á la tierra para hacerse hombre, para enseñar al hombre la doctrina de la verdad y la práctica de la virtud, por morir y salvar al hombre. Estamos conformes, y vamos á la ejecucion de lo que acabamos de ofrecer.

5. Dios mio, sin vuestro poder todo es debilidad en la criatura : sin vuestra sabiduría todo es ignorancia, y sin vuestra santidad todo es pecado y miseria; ¿qué podré yo hablar digno de Vos? Nada verdaderamente, si no tomase mis palabras de vuestro santo Evangelio. Vos las dictásteis, Vos las inspirásteis á los Evangelistas : ellas son sin duda las que nos dicen lo que sois, lo que sabéis y lo que podeis. Yo las repetiré con el mayor respeto y la mas profunda veneracion : ellas han triunfado de todos los errores, y ellas triunfarán de la incredulidad, si Vos, Dios de bondad, les concedéis con ellas la gracia de su justificacion, que apetezco para gloria vuestra y bien de sus almas. Así lo espero por los méritos de Jesucristo y la intercesion de su purísima madre María santísima : *Ave María.*

6. Todo el mundo sensato y juicioso conviene en confesar esta verdad : la verdadera grandeza del hombre consiste en la perfeccion de su razon que le hace sábio, y en la perfeccion de su voluntad que le hace santo. Todas las otras ventajas que el mundo insensato y preocupado ha apreciado, en nada contribuyen á su verdadera grandeza : con todas ellas puede uno ser muy pequeño y despreciable ; y sin ellas puede un hombre ser sobremanera ilustre y grande. Establecido este principio cierto, miremos á Jesucristo en el Evangelio, y se nos presentará no solamente como el ma-

yor de todos los hombres, sino superior á todas las ideas que el entendimiento humano ha podido formarse por sí mismo de la grandeza del hombre : le verémos con una sabiduría digna de sólo Dios, y con una santidad solamente digna de Dios. En una palabra, si Dios se hizo hombre, Jesucristo es ese Hombre-Dios por su sabiduría y santidad que él nos representa en el Evangelio. Ved ahí las dos proposiciones que forman el todo de este sermón. Escuchadme atentamente.

Punto primero : Sabiduría de Jesucristo.

7. Abramos el Evangelio : leamos con atencion y respeto sus sagradas páginas ; ¿qué hallarémos? preceptos, consejos, máximas, parábolas, respuestas y exhortaciones de Jesucristo : pero reflexionad que son preceptos tan equitativos, consejos tan perfectos, máximas tan verdaderas, parábolas tan ingeniosas é instructivas, respuestas tan oportunas y exhortaciones tan juiciosas y sublimes, que es imposible resistir á la evidencia de tantas pruebas como los Evangelistas nos dan de haber escrito la verdadera historia de Dios-Hombre, y con el modo mas perfecto que se debía escribir. Miremos atentamente al hombre, consideremos su naturaleza, sus facultades, sus inclinaciones, sus necesidades y las relaciones que tiene con su Criador, con sus semejantes y consigo mismo, y convendrémos inmediatamente en que las leyes ó preceptos del Evangelio son tan sábios y tan perfectos, que ni el mismo Dios puede concebir un plan de legislacion mas hermoso y mas completo.

8. El hombre es un ser compuesto de un cuerpo organizado y de un alma espiritual é inmortal, estrechamente unida á él para gobernarle y dirigirle segun razon : como dotado de libre albedrío es dueño de sus determinaciones, y puede abrazar el bien y desecharlo el mal, ó abrazar el mal desechando el bien. Esta es la naturaleza del hombre. Su existencia la debe á otro. Dios le crió, y este es su principio. Dios le crió para alguna cosa : todas las criaturas que salieron de la mano del Omnipotente tienen algun fin ; y así no debe el hombre carecer de él, sino tener el mas perfecto : este fin es conocer, servir y amar á Dios en esta vida, para gozarle en la eterna. Ved ahí el principio y el fin del hombre : ved ahí de dónde viene y á dónde va. Estas son unas verdades evidentemente claras para los que tienen religion : cuanto mas las meditan, mas las conocen : cuanto mas las conocen, mas las agradecen y aman :

cuanto mas las aman, mas bien cumplen la voluntad de su Dios, y ved ahí unas verdades que lastimosamente afectan no comprender los incrédulos. Para ellos son abismos impenetrables los espacios que antecedieron á la vida, y los que subseguirán despues de la muerte. ¡Qué dolor, amados cristianos míos, ver á los incrédulos embarazados en los primeros elementos de la Religion, que gloriosamente conoce y confiesa cualquiera de vosotros! Finalmente, Dios no ha criado al hombre para vivir aislado en sí mismo, ni esto sería bueno: le ha criado sobre la tierra en compañía de otros hombres, á quienes debe mirar como hermanos, porque descienden todos de un solo hombre, y no forman mas que una familia esparcida sobre toda la superficie de la tierra. Este es el estado temporal del hombre.

9. De estos principios, que todo racional debe admitir, si obstinado no cierra los ojos de su alma para no verlos, se siguen dos precisas consecuencias: la primera, que Dios debió dar á los hombres una ley; y la segunda, que esta ley debía necesariamente contraerse á las cuatro circunstancias de la condicion del hombre que acabamos de exponer. Esto es, una ley digna de su autor, proporcionada á la naturaleza del hombre, conforme á su fin y conveniente á su estado: ó de otro modo: debió darle una ley que pusiese al hombre en el orden respecto de Dios, respecto del prójimo y respecto de sí mismo. ¿No es esto? Indubitablemente. Pues vamos á los preceptos del amor que nos intima el Evangelio, y en ellos hallaremos esta ley que pone en el orden todas las cosas.

10. Acércase á nuestro amable Jesús un escriba ó doctor de la ley, y le pregunta: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Le respondió Jesucristo: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es el solo Dios, y tú amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas: este es el primer mandamiento; y vé aquí el segundo, semejante á este: tú amarás al prójimo como á tí mismo. No hay mandamiento alguno en la ley y en los Profetas que no se comprenda en estos dos mandamientos, que son los mayores y mas grandes de la ley. ¡Qué verdad tan luminosa, qué preceptos tan preciosos, tan perfectos y tan justos! La ley natural nos los intima: la ley mosaica nos los manda: la ley evangélica los adopta, los publica, los confirma, y promueve su observancia. Con estos preceptos todas las cosas están en el orden. El cielo y la tierra: el Criador y las criaturas: los hombres entre sí mismos, y los hombres con sus seme-

jantes. Observando estos preceptos, se destierran del mundo los homicidios, las calumnias, los robos, las deshonestidades, las desobediencias de los hijos con sus padres, de los criados con sus amos, de los vasallos con sus reyes, y en una palabra, todos los vicios. Observando estos dos preceptos, se practican todas las virtudes. Á Dios se le da un culto digno de su bondad y su grandeza: al prójimo un pronto socorro en sus necesidades, como para nosotros le deseamos en semejantes circunstancias: el cuerpo sirve al alma, el alma obedece á la razon, y la razon es gobernada y dirigida por la divina ley. ¿Pueden los hombres, los Ángeles y el mismo Dios formar un plan mas bello, mas natural ni mas justo de la Religion? ¿Cuántos otros preceptos hallamos en el Evangelio para reprimir nuestro orgullo! ¿cuántos para desterrar la avaricia! ¿cuántos para ahogar la venganza! ¿cuántos para abominar la hipocresía! ¿cuántos para huir la impureza! ¿cuántos para contener la intemperancia! ¿cuántos!... Pero ¿Dios inmortal! ¿han leído los incrédulos, que se dicen instruidos, el Evangelio? Si no le han leído ni entendido, ¿cómo se atreven á condenar el modo humilde y sencillo con que los Evangelistas le escribieron? Si le han leído y considerado, ¿cómo no ven en él tanta hermosura, tanta majestad, tanta justicia, tanta perfeccion en sus preceptos? ¿Cómo no admiran tanta santidad en sus consejos? tanta verdad, tanta claridad y precision en sus máximas? Ellas son tan nuevas, que jamás se oyen-pronunciar la primera vez sin sorprenderse: son tan claras, que todos las comprenden: tan verdaderas, que nadie puede contradecirlas: tan sencillas y naturales, que todos los entendimientos mas comunes las entienden; y tan grandes y tan bellas, que son la admiracion de los mayores ingenios: ellas son comunes á todos los hombres, su doctrina es para todas las naciones, y su perfeccion para todas las almas. Quanto mas se leen, mas gustan: quanto mas se consideran mas se admiran; y quanto mas se observan, mas perfeccionan. En ellas se ve el tono que un Dios hecho hombre debe tomar hablando con los hombres, y en ellas nos dan los Evangelistas los caracteres mas propios de un Hombre-Dios.

11. ¿Aparecerán menos brillantes los rasgos de la Divinidad en las parábolas? Preséntense á nuestra vista cuantos escritos de esta clase han dado á luz los ingenios de los hombres mas ilustres; ¿dónde hallaremos tanta sencillez en su narracion, tanta conformidad en sus alegorías, tanta solidez y perfeccion en su moral? Muchos libros serian menester para decir algo de aquellos sagrados

apólogos tan frecuentes en la boca de Jesucristo. Ya veis, amados cristianos míos, que no tenemos tiempo para tan dilatadas discusiones: presentad solamente dos á los incrédulos: la parábola del hijo pródigo y la del samaritano, y decidles: si el entendimiento humano dió jamás tales ideas del arrepentimiento de un mal hijo, de la bondad y ternura de un buen padre, y de la compasion y caridad de un virtuoso prójimo. ¡Qué expresiones tan enérgicas, qué afectos tan tiernos, qué emociones tan dulces se experimentan en el alma cuando se leen y consideran! Es menester vencer á los bronces en dureza, para no amar la virtud que nos enseñan. Pero lo que da á las parábolas de Jesucristo un mérito superior, no solo á las que nos han dado los hombres, sino á cuantas el entendimiento humano puede imaginar, es el que ellas son á un mismo tiempo teológicas, proféticas y morales: y que muy frecuentemente nos presentan bajo el mismo símbolo la imágen de los designios de Dios sobre los hombres, la de los sucesos futuros mas interesantes para la Religion y la de nuestras propias obligaciones. Léanse, examínense, considérense las parábolas de la viña, de la cena grande á que convidó el rey para las bodas de su hijo, la del padre de familias que busca obreros y los envia á trabajar, la de las vírgenes prudentes y las fatuas, y otras muchas que á cada paso se nos presentan en el Evangelio, y se verá con claridad que su objeto es el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra por la predicacion del mismo Evangelio: es la reprobacion de los judíos por causa de su ingratitud y su dureza: es la vocacion de los gentiles al gremio de su Iglesia y la enseñanza de la virtud á unos y á otros. ¿Pudiera un hombre que no fuera Dios reunir en un mismo símbolo, y bajo un mismo punto de vista, tantas instrucciones diferentes? ¿Pudiera un Dios hablar de otra manera mas perfecta?

12. Vedlo claramente en sus respuestas. Los fariseos le hacen preguntas capciosas para sorprenderle y sacar de su boca alguna decision que les sirviese de pretexto para acusarle como delincuente. Preséntanle una mujer cogida en adulterio, y le dicen: Moisés nos mandó apedrear á los adúlteros; y tú ¿qué dices á esto? Los Herodianos le preguntan, si era lícito á los judíos pagar el tributo al César. Jesucristo conoce su doblez, mira en su corazon la malignidad de sus intenciones, la envidia que los consumia y la perversidad con que le preguntaban; y con admirable majestad, con una presencia de espíritu asombrosa y con una sabiduría divina, desenreda con una sola palabra todas sus máquinas y los llena de

confusion. El que entre vosotros, les dijo, se halle sin pecado, arrójele la primera piedra. ¡Qué respuesta tan divinamente ingeniosa! Confirma la ley y salva á la delincuente: manda el castigo y cubre de confusion á los que le solicitaban. Dadme una moneda, les dice á los Herodianos. Se la presentan con el busto del César impreso en ella. ¿De quién es esta imágen? les pregunta su Majestad. Del César, le responden. Pues dad, les dijo Jesús, dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. ¿Se oyeron jamás en los siglos unas respuestas mas sábias, mas prontas y decisivas? No dudamos decirlo: para responder de esta manera era preciso haberse preparado desde toda la eternidad.

13. Las exhortaciones de Jesucristo no son menos dignas de la admiracion de todos los hombres, que sus preceptos, sus consejos, sus máximas, sus parábolas y sus respuestas. Una elocuencia divina resplandece en ellas, y una fuerza de persuasion á que nadie puede resistirse. Por no hacernos interminables escuchemos una sola, en que nuestro adorable Salvador exhorta á los hombres á pedir y esperar todo de la bondad de Dios, á quien invocan en sus necesidades. «¿Quién es entre vosotros el padre que diese á su «hijo una piedra cuando le pide pan, ó que le diese un escorpion «pidiéndole un huevo? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar «buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará espíritu bueno á los que le pidieren?» Y es como si les dijera: Por malos que seais por vosotros mismos, sois, sin embargo, buenos para vuestros hijos: vosotros los amais: sus necesidades os conmueven y compadecen: sus súplicas tienen sobre vuestros corazones un poder al cual no sabeis resistir: siempre les dais lo que conviene. Pues ¿con cuánta mas razon Dios, que es vuestro padre, se dejará mover de vuestras necesidades y vuestras súplicas? Dios que por su naturaleza y por su esencia es la misma bondad? El que ha criado en vuestros corazones el amor que teneis á vuestros hijos, ¿dejará vacío y sin amor su propio corazon? ¿Creeis que vosotros seréis mejores que Dios? Decidme, amados cristianos míos, ¿hay algo en el mundo mas verdadero, mas hermoso y mas persuasivo que este género de escritos? ¿Quién no conoce en ellos á Jesucristo enseñando á los hombres los atributos de su divinidad? Por una parte, ¡qué sencillo, qué familiar, qué sensato! Cualquiera que usa de su razon, lo entiende. Por otro lado, ¡qué grande, qué sábio, qué profundo! Los mayores ingenios se llenan de admiracion al meditar sus sentencias: él es proporcionado á los talentos

mas limitados, y al propio tiempo es superior á los talentos mas sublimes.

14. Decid á los incrédulos que se suponen instruidos, habiendo estudiado tan poco las bellezas del Evangelio; decidles que los convidamos á su lectura, humilde, reverente y reflexiva, y díganos despues, si en los preceptos, consejos, máximas, parábolas, respuestas y exhortaciones que nos escriben los Evangelistas de Jesucristo, hallan fausto, vanidad y orgullo. Díganos si encuentran afectacion en las palabras y figuras de que se sirven, ó adulacion á los desórdenes de las personas á quienes hablan. Díganos si hay alguna cosa en todo el Evangelio que no respire sabiduría y santidad, y que no muestre los deseos mas vivos de hacer á los hombres felices y virtuosos. Díganos, si alguna vez quieren hablar de buena fe, si pueden imaginarse preceptos mas justos, consejos mas saludables, máximas mas ciertas, parábolas mas instructivas, respuestas mas exactas y exhortaciones mas enérgicas. Díganos, si pudieron ó debieron escribir los Evangelistas de otro modo la historia de Jesucristo, para darnos los caracteres mas verdaderos de su sabiduría divina. Díganos... pero ya no exijo de los incrédulos mas que la solucion á esta pregunta: Ó ellos se engañan ó nosotros. Aquí no hay medio, tergiversacion ó efugio. Si nosotros nos engañamos en creer al Evangelio y vivir segun sus preceptos y consejos, nada perdemos por haber creido las penas que esperan á los malos despues de la muerte, y los premios que tendrán los buenos en la otra vida. Nada perdemos y ganamos mucho, viviendo en la tierra alegres, pacíficos, modestos, bienhechores, puros, veraces y misericordiosos, como viven todos los que observan el Evangelio; y esta vida ni la han tenido ni la tienen los incrédulos. Pero si ellos son los que se engañan, ¡ay, ay de ellos! ¡Ay de ellos en el tiempo y en la eternidad! Acá son mirados con horror por todos los hombres sensatos y virtuosos; y allá juzgados por la sabiduría divina, y condenados al infierno por la santidad de Dios. Hemos visto el primer atributo demostrado en el Evangelio; veamos tambien el

Punto segundo: Santidad de Jesucristo.

15. Temblad, cristianos, al escuchar esta formidable verdad, que ha formado todos los incrédulos. Los vicios del corazon oscurecen las luces del entendimiento, y la recta razon se disminuye en

proporcion que el corazon se corrompe con los vicios. Por consiguiente, ninguno puede ser perfectamente sábio, si no es perfectamente bueno. Si él no tiene una idea verdadera de la virtud, ¿cómo podrá ser verdaderamente virtuoso? Las pasiones y los vicios que pervierten la voluntad del hombre, ofuscan tambien su entendimiento, y le dan falsas ideas en materia de religion. De las pasiones nacen los errores: ellas han dado á luz aquellas preocupaciones monstruosas que convierten el vicio en virtud y la virtud en vicio, y llegan hasta precipitar los hombres en la herejía y en la incredulidad. Por mas talento que supongais en el hombre, si su corazon no es recto delante de Dios, ¡con cuántos lunares nos presentará el bello cuadro de la virtud! Miradlo en los Sócrates, los Platones, los Aristóteles, Sénecas y Cicerones: ellos eran hombres de un talento extraordinario, y en sus retratos de la virtud se ven, al lado de los rasgos que la razon ha dictado, las manchas de su pasion y sus preocupaciones. Lo mismo que sucedió á los filósofos de la antigüedad pagana, acontece á los filósofos de nuestros dias. Siempre nos dan defectuosas las copias de la virtud: no está perfectamente en ellos: no la ven en sí mismos; ¿cómo han de dar ideas verdaderas de la perfecta santidad? Jesucristo es únicamente el que nos ha dado la perfecta idea de la verdadera santidad, porque él era perfectamente santo. Su razon no se oscureció jamás con nublado alguno, y su corazon no se manchó jamás con pasion alguna. Él solo ha sabido pintar la virtud con los colores que la caracterizan, tomando la idea de sí mismo. No esperéis que yo ciña mis pensamientos á una sola virtud para mostrar en ella el carácter de Jesucristo, porque todas las tuvo y practicó en sumo grado: no penseis que vengo á hablar de todas, porque esto seria emprender un imposible y proceder en infinito. Yo sé ciertamente mas que si lo viera con mis ojos, que ninguno conoce al Hijo sino el Padre; y así como ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se dignare revelarlo; en el cielo le veremos como él es: en la tierra no pueden los hombres ni los Ángeles dar ideas perfectas de su santidad. No nos queda otro partido que tomar, sino abrir el Evangelio, y estudiar en él á Jesucristo.

16. Apenas fijo atenta y respetuosamente mi vista en este libro divino, cuando su luz me sorprende, y mi alma queda llena de admiracion. ¡Qué amor de Dios tan puro! ¡Qué amor del prójimo tan tierno y desinteresado! ¡Qué respeto tan profundo al Señor, á quien llama su Padre! ¡Qué dependencia de su voluntad! ¡Qué celo de su